

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

la piscina de europa

NO hay opción ni preferencia. No existe otra actualidad que la de la vacación, considerada como fenómeno sociológico. Basta con arriarse a una de las carreteras turísticas para advertir la complejidad del fenómeno. La interminable oruga de la circulación rodada está compuesta de coches de toda filiación y de todas las categorías. Las grandes ciudades europeas se despueblan para alcanzar las cálidas riberas mediterráneas, con garantía de sol y de playa. El tímido funcionario o el discreto empleado aspiran a la selvática, salvaje soledad del paraíso. Quieren, durante quince días, emular la experiencia de Adán, casi desnudo en los pinares. Mas aquello a que aspiran no es ya pura naturaleza. El «camping» en el que se acomodan con su tienda de plástico no es, en absoluto, destructor de las formas de civilización sino, por el contrario, signo medido de ellas. Sólo oficial y aparentemente resulta deslizada la vida al aire libre del turista europeo. Porque en la realidad es un portento de equilibrio y rigor. Cuesta mucho más no transgredir las normas en los servicios comunes de un «camping» para la multitud, que en los barrios urbanos en los que se transita y se vive con la corbata puesta. Al menor desliz, en estas acampadas al aire libre el turista chocaría con el interés común y se convertiría en refractario a la colectividad. Lo curioso es que nadie ha enseñado a esos miles de familias a vivir de ese modo libre y armónico. Ellas solas se han adaptado a la convivencia; y el procedimiento cobra de año en año mayor importancia.

Es muy posible que, sin alterar ni disminuir las concentraciones de turismo extranjero de nuestras costas mediterráneas, en los años futuros se favorezca también del aluvión la comarca del Rif marroquí, de cuyas riberas hemos empezado ya a ver propaganda en diversas revistas francesas y alemanas. Así, el mar latino se convertiría —se ha convertido ya— en piscina estival de Europa, principalmente del turismo francés y alemán. En dirección inversa a su expansión de otro tiempo el mapa latino se desdobra, y se muestra a los ojos forasteros, que quedan seducidos por su perenne y esencial calidad, por el inmutable espectáculo del olivo, la vid y el pino junto al mar, por la música de las diurnas y estrepitosas cigarras y de los grillos nocturnos. La España citerior permanece inalterada; salvo las gentes, los elementos son de casta imperial, levemente sensuales, luminosamente vivos. La piedra romana, avexada al fulgor del sol, parece de oro. Las líneas de la arquitectura se dibujan con precisión. Y hasta el rostro de algunos hombres reclama el medallón y sus gestos la clámide clásica.

Clelia Esa muchacha francesa de pelo rubio que responde al nombre sthenaliano de Clelia tiene dos suertes de acomodo a la vida del «camping» y por ello se ha instalado en él con dos pequeños bagajes; uno para su propia ropa, que es escasa y volandera y otro para llenarse de

música el día entero. Clelia es un ser cimbreante asido a un transistor. Todas sus horas están llenas de música, menos cuando está en el mar. La cajita de resonancia de su transistor contiene la mitad de todo su mundo. A veces se desprende de él para adaptarse a las formas sociales, una de las cuales es la danza. Clelia baila todas las noches en la pista nocturna los «twist» más agitados, pero con una dedicación mitológica, como transportada en un vértigo. En esa pista todo el mundo es joven, como ella. Nadie tiene más allá de los veinte años. Al revés de lo que acontece en las salas de noche, en las «boites» de la ciudad, aquí el ambiente transpira una perfumada y agreste candidez erótica. En la ciudad, los cabarets están cargados de whisky, de malas intenciones y de años. Pero Clelia ama solamente el recodo de bosque para bailar. Lo hace rítmicamente, sin cejar, y el pedestal hermoso de sus piernas sostiene —y agita— tallo y escote. Otras

un litoral cambia la cara

La faz de este litoral ha cambiado enteramente en el término de los cinco últimos años. En tan breve espacio de tiempo la transformación ha sido total. De la nada han surgido hoteles, residencias, urbanizaciones. Nadie parecía poder señalar un destino tan esplendoroso a esos parajes. Los carteles están redactados en francés, en inglés, en alemán... La emisora local transmite más de la mitad de su programa en cada una de esas tres lenguas. Nosotros nos sentimos aquí gozosamente extranjeros. Pensamos que hay muchas razones, además de la económica —que no es poca—, para agradecer esa súbita mutación. La nueva urbanización es un portento de limpieza y de buen tono. No sabemos si, a solas y por nuestra cuenta, hubiéramos obtenido resultado tan envidiable. La fuerza comunicativa y solidaria de esos extranjeros constituye un ejemplo muy serio para nosotros, gentes del país. Quienes nos visitan y allí se instalan, no son seres de excepción ni grandes y pletóricos financieros. Son las familias llanas del otro lado del Pirineo, nada más —ni menos— que las figuras del francés, del inglés o del alemán medio. Para acomodarse en un «camping» es preciso, de antemano, hacer norma del respeto al vecino. La maledicencia provinciana no puede tener allí lugar. ¡Y nos sentimos en muchos casos tan terriblemente provincianos!

Mas lo que ha cambiado no es precisamente un paisaje; lo que profundamente ha sufrido mudanza es una mentalidad. Una de las razones más convincentes de la vuelta que ha dado el mundo, y que por ello garantiza la paz, es precisamente el feliz éxodo veraniego de las clases medias europeas, la mezcla de elementos placenteros y positivos de esta época, que para algunos parece estar tan llena de amenazas. La afluencia de viajeros, la

docenas de muchachas y muchachos comparten su deliquio.

Clelia llegó en coche, acompañada por una amiga. Ambas recorrieron centenares de kilómetros por medio del auto-stop. La costumbre posbélica del auto-stop empieza a estar en franca decadencia y sólo ciertas personas como Clelia consiguen reavivar el procedimiento. Clelia sabe mucho de auto-stop. Acierta a no suplicar pasaje para grandes distancias. Cuarenta o cincuenta kilómetros ya le bastan pero no se compromete a llegar a término hasta que no descubre la personalidad del conductor. Verdaderamente, los hay cuarentones a los que es preciso abandonar a la primera insinuación, recorridos sólo los diez primeros kilómetros.

A Clelia le gustaría ser starlette, pero entre tanto estudia algo más serio; estudia la carrera de Asistencia Social para la cual, afirma uno de sus profesores, está muy dotada.

muchedumbre de los «campings» es la destrucción cabal del espíritu decimonónico y asfixiante del casino de pueblo. Una condición cicatera del costumbrismo humano ha dejado de existir.

Para ello ha sido necesario, como decimos, que se transformara una mentalidad. Probablemente, franceses y alemanes no son proporcionalmente más ni menos ricos que en etapas anteriores de la historia; no se trata pues de la remoción de un fenómeno económico. Lo que ocurre es que todos ellos piensan que no merece la pena elaborar una existencia alrededor simplemente del fenómeno económico. Y verdaderamente no vale la pena. Es demasiado reciente todavía la catástrofe de la guerra para que alemanes, ingleses y franceses piensen reducir los incentivos de la vida. El mundo de hoy, a Dios gracias, vive al día; es decir, acierta a satisfacer con regularidad sus propios deseos. Y de ello se deduce la explosión comunitaria, afectiva, entre los individuos y los pueblos. Se trata, en definitiva, de un satisfactorio resultado de relajación moral, en el sentido estricto y noble del término.

Clelia y su amiga regresarán a su país no ya utilizando el procedimiento del auto-stop sino el más útil y perentorio del servicio de puerta a puerta. Un joven poeta francés, profesor de literatura, cuyo semblante adorna una «barbiche», como la que era peculiar de Abraham Lincoln, se ha enamorado apasionadamente de la joven Asistente Social. Ella no ha resuelto todavía nada con relación a las propuestas que él le hace. Por tanto, será cuestión de irlo pensando a lo largo de los muchos kilómetros que separan la capitalidad de la romana Hispania Citerior de la grandiosa ciudad de París. Y sea como sea, en el agradable diálogo que el joven profesor va desarrollando, adivina la joven Clelia cómo es capaz de encender pasiones exultantes en el exquisito corazón de un poeta.